

pocilgas, generalmente sin agua corriente, ni excusados, ni drenaje ni calefacción.

Todos los sectores de esta oposición estaban de acuerdo en la necesidad básica de detener el socialismo en Chile, pero había diferencias respecto a la táctica y el momento oportuno. La IRT estaba impaciente: la misma IRT que regaló un teléfono de oro puro a Fulgencio Batista el dictador de Cuba, en agradecimiento a sus servicios; la misma IRT que mantenía relaciones amistosas con Adolfo Hitler y producía materiales de guerra al mismo tiempo para la Alemania nazi y para los aliados, durante la Segunda Guerra Mundial. Después de la elección de Salvador Allende, la IRT ofreció un millón de dólares para ayudar a financiar la acción destinada a evitar que el presidente tomara posesión de su cargo. El General Viaux de las Fuerzas Armadas chilenas también estaba impaciente, y organizó el complot que condujo al asesinato del General Schneider, jefe de comandantes del ejército chileno, contrario al golpe militar.

Pero la estrategia de los principales sectores del imperialismo norteamericano y de las clases altas chilenas, fue más calmada, más paciente. La estrategia del gobierno de los EUA fue la de esconder la cara, evitar la hostilidad abierta y obvia hacia el gobierno chileno, pero detrás del escenario, donde nadie lo veía, estrangular a Chile económicamente, producir caos político para ablandar al país antes de dar el golpe. Los imperialistas norteamericanos habían aprendido de la experiencia cubana que el ataque abierto a una revolución podría ser contraproducente, pues acaso resultaría en la profundización de la conciencia revolucionaria del pueblo chileno y serviría para atizar los sentimientos antimperialistas en el resto de América Latina y en los Estados Unidos.

Por eso, el gobierno de los EUA habló lo menos que pudo. Pero los bancos norteamericanos redujeron rápidamente sus créditos a Chile de 230 a 30 millones de dólares. Las instituciones internacionales de crédito, dominadas por los EUA, negaron los préstamos. Los proveedores de equipo, de refacciones de maquinaria y de materias primas, se negaron a conceder crédito comercial ordinario. Yo mismo, pues trabajaba en esos tiempos en la oficina en Nueva York de la Corporación de Fomento, fui a la Ford de Detroit para pedir crédito comercial para la compra de refacciones pero mi petición se rechazó de plano.

La *Kennecott* y la *Anaconda* demandaron en Nueva York, a principio de 1972, el rescate de los saldos de sus cuentas en bancos chilenos para dificultar y volver riesgoso para Chile la operación de compra en los Estados Unidos. El comentario de uno de los jueces que actuó en las audiencias ayuda a ilustrar cómo trabaja la justicia de los

CHILE: EL GOLPE CONTRA EL GOBIERNO POPULAR

EL GOLPE FASCISTA*

Edward BOORSTEIN**

El golpe fue ejecutado por las Fuerzas Armadas chilenas y los carabineros (policías) pero detrás de ellos estaban el imperialismo de los EUA y la oligarquía chilena. Desde el principio, estos grupos querían evitar que el socialismo triunfara en Chile. Los monopolios gigantes norteamericanos —como *Kennecott*, *Anaconda* e IRT— tenían grandes propiedades ahí. El gobierno de los EUA, no quiere que exista ningún ejemplo más de socialismo triunfante en ninguna parte y especialmente no los quiere cerca de países como Bolivia, Uruguay y Brasil. Las clases altas chilenas querían proteger su propio poder político y económico en Chile, sus privilegios económicos, su derecho a gozar de enormes casas ostentosas, varios automóviles y frecuentes viajes al extranjero, mientras en las *poblaciones* marginales que infestan Santiago y otras ciudades grandes y pequeñas, la gente vive en

* Traducido por JUVENCIO WING SHUM y JORGE CARRIÓN.

** Economista norteamericano. Ayudante del asesor en cuestiones económicas del Presidente Allende; trabajó en Chile durante un año que incluye el periodo del golpe. Antes había trabajado, durante un año y medio en la oficina en Nueva York de la Corporación de Fomento de Chile. Es autor del libro *La transformación económica de Cuba, un relato de primera mano* (Edit. Nuestro Tiempo), entre otros.

EUA: "Ellos se apoderaron de nuestro cobre ¿no es así?", es decir, del de la Kennecott y de la Anconada y del suyo. En septiembre de 1972, la Kennecott llevó sus pleitos hasta los jueces de Francia y otros países de Europa. No fue coincidencia que eso sucediera al mismo tiempo en que ocurrieron los desórdenes callejeros en Santiago, fomentados por una organización abiertamente fascista llamada Patria y Libertad.

Durante todo ese tiempo, la CIA trabajaba secretamente: planeaba, organizaba y entrenaba a los grupos de oposición en la técnica para crear disturbios callejeros, sabotaje en las líneas de energía eléctrica, etcétera. Durante el paro de patronos y dueños de camiones contra el gobierno en octubre de 1972, se hizo muy notable la caída de la tasa de mercado negro para el cambio del dólar.

El Secretario general del Banco Central me dio la explicación: el gran monto de dólares introducidos por la CIA para financiar a los paristas.

La estrategia de la oposición chilena se ensambló con la de los imperialistas norteamericanos. El principal elemento de esa estrategia lo aportaron los demócratacristianos; se trata de algo que uno de sus teóricos llamó "la estrategia de los mariscales rusos". Los demócratacristianos se enfrentaban a un problema político: sus principales dirigentes pertenecían al ala derecha, pero muchos de sus seguidores estaban a favor del cambio estructural y en alguna medida eran anticapitalistas. Si el partido demócratacristiano hubiera actuado demasiado rápida y abiertamente en oposición, parte de sus seguidores hubiera desertado para apoyar a la Unidad Popular. Así, a la manera de los mariscales rusos frente a Napoleón, el Partido Demócratacristiano ordenó la retirada momentánea. Sí, ellos también estaban por la nacionalización del cobre debido a que a la "chilenización" (la engañosa nacionalización que intentaron durante el gobierno de Frei) se le reconoció apropiadamente, el carácter de iniciación del proceso de nacionalización. También estaban a favor del cambio estructural y contra el capitalismo, siempre que todo fuera hecho constitucional, legal y cuidadosamente. Pero que pensaban en un golpe desde el principio, lo muestra el siguiente hecho fundamental: antes de la votación en el Congreso para decidir si Allende tomaría la presidencia, insistieron en la garantía constitucional de que no se armaría al pueblo y de que las Fuerzas Armadas tradicionales mantendrían su carácter de monopolio del poder armado en Chile.

Un año después de que Allende tomó posesión, comenzaron a presentarse dificultades económicas debidas al bloqueo invisible de los EUA, a una drástica caída en el precio del cobre que redujo enormemente las entradas de divisas extranjeras y a las dislocaciones inevita-

bles en cualquier revolución que lo es verdaderamente. Esto permitió a los demócratacristianos cambiar su táctica de retirada para aliarse a los del Partido Nacional en una ofensiva ya muy preparada. La táctica era simple: sabotear al gobierno y después reprocharle los resultados del saboteo; obrar deliberadamente para quitarle al gobierno todo poder y autoridad en cuanto concernía al control de la economía para mantener el orden en las calles. La oposición controló el Congreso, las Cortes, la Contraloría (algo así como una Oficina General de Contabilidad que decidía si los decretos, actos y actas gubernamentales eran legales) y echaron mano de todo ello para poner en práctica sus tácticas. El Congreso votó una ley de egresos tras otra, pero no quiso votar por el financiamiento de esos gastos. Entonces, la oposición reprochó al Gobierno la existencia del enorme déficit presupuestal y de la inflación galopante que vino a continuación.

Muchas de las empresas privadas que quedaban, comenzaron a esconder sus mercancías, para dejarlas fuera del mercado deliberadamente y crear escasez. El gobierno acudió al Congreso para que fuera emitida una ley contra los delitos económicos, pero el Congreso rechazó la iniciativa. Las Cortes sabotearon la aplicación de las leyes que ya existían.

Los paros fueron fomentados por los conductores de camiones, pequeños comerciantes, médicos y dentistas y por empleados de supervisión en la mina de cobre *El Teniente*. Estos paros fueron costosos: el paro camionero hizo que toda la economía marchara a paso de tortuga, al interferir con la plantación, las siembras y las cosechas, y al paralizar la distribución de combustible y materias primas para la industria y el aprovisionamiento de alimentos y otros bienes esenciales de consumo; la huelga del cobre por su parte, causó serias pérdidas de divisas extranjeras. Se veía que los paros formaban parte de la sedición y que, con ellos, se intentaba crear condiciones para derrocar al gobierno. En circunstancias normales, cualquier gobierno en el mundo habría recibido el apoyo del Congreso, de las cortes y de otros sectores del aparato estatal para deshacer rápidamente esos paros. Por el contrario, en esta ocasión, el Congreso sirvió de foro para los empleados de supervisión que estaban en huelga en la mina de *El Teniente*. Las Cortes emitieron normas para extender y proteger los derechos de los huelguistas. Cuando el gobierno quiso requisar los vehículos de los dueños de camiones en paro, la Contraloría detuvo los procesos administrativos y técnicos a manera de hacerlo prácticamente imposible. Y lo más nefasto de todo, durante la huelga de *El Teniente*, pocas semanas antes del golpe, los militares se movili-

zaron lentamente para proteger a los obreros de la mina que no estaban en huelga.

El sabotaje económico se coordinó con el sabotaje político. La constitución chilena prevé el caso de acusaciones a ministros del gobierno por ofensas serias, crímenes y cosas por el estilo. Pero ahora, la oposición en el Congreso inició un proceso contra algunos ministros por razones políticas, y así empezó a acusar a un ministro tras otro.

El gobierno estaba forzado a entrar en un proceso de constante e interruptivo cambio de gabinete que hacía difícil concentrarse en los asuntos normales y ayudaba a crear una sensación de desorden general.

Las manifestaciones y otros desórdenes callejeros fueron fomentados. Primero, aparecieron las manifestaciones de respetables damas de la clase alta contra las escaseces. Después, los disturbios callejeros producidos por grupos pequeños, bien organizados y bien entrenados, de jóvenes agresivos que utilizaban radioteléfonos portátiles y tácticas profesionales que claramente denunciaban haber sido entrenados por la CIA. Hacia el final, se crearon deliberadamente disturbios cotidianos en las calles de Santiago y otras ciudades: grupos de agresores que lanzaba piedras y a veces disparaban pistolas tomaron las calles principales, la policía disparaba sus gases lacrimógenos y, durante horas enteras, secciones de la ciudad se volvieron intransitables. Todo fue planificado para hacer sentir que se desmoronaba la autoridad bajo el peso de la anarquía, el caos.

Finalmente vinieron los asesinatos, el sabotaje de los servicios y otras acciones. El asistente naval del Presidente fue asesinado. Un oleoducto fue incendiado. Los trenes fueron descarrilados. En una noche, cierto número de torres de distribución de energía eléctrica fueron saboteadas y Santiago y otras ciudades, así como sus alrededores, pasaron cerca de una hora en completa obscuridad.

Al principio, la oposición esperaba provocar suficiente caos económico y político y con ello ganar para su causa a una mayoría impresionante del pueblo chileno y cubrir así el golpe con un manto de legalidad. Esperaba que en las elecciones de marzo de este año ganarían la mayoría con dos tercios de los votos en el Congreso, que serían ya suficientes para que pudieran acusar ante las Cortes a Allende. Pero la magnífica clase obrera chilena y la gente de otras clases sociales constituyeron una alianza que se mantuvo firme. La Unidad Popular ganó más del 44% de los votos (8% más que en las elecciones en las que Allende ganó la presidencia). Fue una victoria. Chile no tenía un sistema bipartidista, sino un sistema multipartidista. Los últimos presidentes habían ganado con solamente una minoría del voto total. Y, contrariamente a lo que había sucedido con la

Unidad Popular, siempre habían perdido votos, en vez de ganarlos, en las elecciones de mitad de periodo; por ejemplo, Frei que sólo ganó cerca del 28% de los votos en las elecciones de medio periodo.

Con esta pérdida en las elecciones de marzo, los imperialistas y la oligarquía chilena no tenían más camino que realizar el golpe de estado. No podían esperarse hasta las elecciones de 1976; la Unidad Popular, sobre todo con una mejoría en la situación económica, hubiera podido ganar entonces no un 44 sino el 50% de los votos. La oposición no podía ni siquiera correr el riesgo de esperar el plebiscito que el Presidente proyectaba realizar dentro de poco.

Fue así como los militares dieron el golpe. El presidente Allende y un grupo de su guardia personal y colaboradores (entre los cuales estaba mi amigo y jefe Jaime Barrios) resistieron en el Palacio de la Moneda con gran valor (Jaime Barrios, probablemente está ahora preso en alguna cárcel fascista. Nosotros deberíamos hacer todo lo posible para ayudar a salvar su vida y lograr su libertad, al mismo tiempo, claro, que la de los demás prisioneros políticos). Fue una lucha que duró todo un día, en la que los militares tuvieron que bombardear la Casa de La Moneda desde el aire para silenciar a ese pequeño grupo de valientes.

El actual gobierno de Chile es fascista en el sentido estricto del término. Utiliza abiertamente el terror. Ha bombardeado y ametrallado desde el aire los barrios de la clase obrera, ha disparado arbitrariamente sobre los prisioneros; a veces, los hacen correr y entonces les ametrallan por la espalda; los hogares han sido allanados; los libros quemados ¿por qué el terror? Porque los fascistas no pueden gobernar sin eso. No se trata de un golpe contra una pequeña facción. Se trata de un golpe contra la clase obrera, contra la mayoría del pueblo chileno que, sea de la clase obrera o no, de todas maneras no quiere el fascismo.

Los imperialistas norteamericanos todavía básicamente practican su política de siempre. Cuatro días después del golpe, el Banco Interamericano de Desarrollo anunció un préstamo de 65 millones de dólares a Chile; los bancos comerciales norteamericanos han vuelto a abrir sus líneas de crédito y las grandes compañías se están preparando para regresar.

Los dirigentes demócratacristianos aún desempeñan su papel de siempre. Históricamente, su tarea ha consistido en tratar de vacunar a Chile contra del socialismo, pero más recientemente, su tarea ha consistido en hacer más fácil el camino para los violentos fascistas de uniforme. En adelante, aquéllos serán empleados para explicar al

mundo "el incomprendido Chile". No son más que apologistas mentirosos que defienden asesinos y deberían ser desenmascarados.

El terror del que tienen que echar mano los fascistas sólo sirve para mostrar su debilidad. Tal como Marx lo hacía notar alguna vez, las revoluciones se desarrollan poderosamente frente a las contrarrevoluciones. Los distintos elementos de la izquierda en Chile se están uniendo como nunca. El pueblo está resistiendo; cada vez es mayor el número de gentes que se vuelven contra los fascistas. La revolución chilena volverá a surgir... con fuego.